



# BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

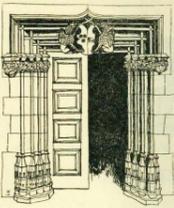
Recull de premsa local i comarcal



# La Casa Del Caballero Despuig

por MANUEL BEGUER PINYOL  
C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Atrio de la familia Despuig, las salas nobilísimas de uno de sus últimos poseedores, después de la familia de sus sucesores.



Balcón con barandilla de hierro y un sillón de terciopelo rojo.



Este nombre viene designándose de un tiempo a esta parte la casa n.º 10 de la calle de la Rosa, calle señorial, que por tanto hace relativamente poco el que de la vida civilizada. Al desplazarse esta hacia las nuevas calles del Euzkadi del Temple, perdió la animación que antes tenía, pero no se dio cuenta que cuando se preparan estas cosas nuevas que viven en ella su propia. Entre ellas, disminuida su belleza con reformas de tipo utilitario, destaca hasta ahora, después de su afortunada restauración, esta situada con el n.º 10, que entre pocas pocas menos que moderna. Tan sólo en la obra de su fachada de piedra caliza llama la atención de los visitantes que hasta ella alcanzan su vista, una estructura vestida de bronce que destaca su venerable antigüedad. Un vulgar balcón con barandilla de hierro vino a reemplazar en la planta

noble, en la época del mal gusto, los dos antiguos ventanales, y un ramplón letrero de madera cubría el escudo nobiliario de sus antiguos poseedores y parte de las grandes dovelas del portón de entrada, las que ha sido preciso restaurar. En los bajos una zapatería, anunciada por aquel letrero desde los tiempos de mi infancia, y anteriormente una fonda que llevaba el nombre de la calle, disimulaban la belleza del zaguán, ocultando a la vista de los transeúntes el hermoso patio gótico, que es lo mejor de la casa, y la amplia escalera que conduce al piso principal. Nadie podía sospechar que tras los anaqueles de la vieja zapatería se mantuvieran en pie, con toda su belleza, los más notables restos de esta noble mansión. Las bombas cuidaron de destruir lo que quedaba de ellos formando un ingente montón las piedras labradas, que se utilizaron para otros fines. Pero aunque no en su sitio, se conservaron por fortuna la mayor parte de ellas. No todos, como es natural, desconocían la belleza de este patio y de su galería, semejante, aunque más pequeña, a las del Palacio Episcopal y de la antigua casa Guzmán de Villoria, y uno de los que la recordaban desde su niñez, temeroso de que se desmoronara por completo tan notable edificio íntimamente unido a nuestra historia local, puso empeño en que se evitara su total ruina. Era una de las pocas casas señoriales que restaban después de la última guerra y su importancia demandaba a voces su conservación. Y de ella ha cuidado con cariño, que hemos de agradecerle los tortosinos, la Excm. Diputación Provincial, la que por unanimidad acordó adquirirla a iniciativa de aquella persona cuyo nombre no hace al caso, más que para dedicarla a fines culturales para salvarla para el patrimonio artístico de nuestra ciudad y provincia. Lenta ha sido su reconstrucción, porque se ha tenido que amoldar a los trámites reglamentarios y a aumentos en la consignación para las obras que rebasaban la cantidad presupuestada para ellas. Pero afortunadamente, a medida de que aquellas avanzaban, iba también en aumento el interés de la Corporación Provincial en la restauración de este edificio, del que iban apareciendo nuevos detalles que venían a valorarlo aún más, como ha ocurrido últimamente con las vigas y artesanos del zaguán al quitar el escalado que disimulaba unas pinturas características por sus vivos colores de los comienzos del siglo XV en las que, alternando con los escudos de Cataluña y Navarra a todo color, aparecen otros un tanto desdibujados que no hemos descrito todavía. Con indiferencia primero, con sorpresa luego, y con visible admiración después, han ido siguiendo el curso de las obras los afortunados transeúntes de aquella simpática calle y los amantes de nuestras vetustas piedras, quienes



Balcón con barandilla de hierro y un sillón de terciopelo rojo.

han visto surgir de aquella zapatería, este hermoso edificio igual de señorial presencia que nos recuerda una época ciertamente esplendorosa en la que siendo la ciudad pequeña, era Tortosa verdaderamente grande. Si no lo atestiguan la historia, basta esta casa para demostrarlo, ya que no era un edificio público, sino una simple casa particular, como la de Oliver de Boteler en la Barreda del Ebro, la de Ordi en la calle del Carmen, las de Foyat y de Boudier en la calle de Moscard, y tantas otras que por su autonomía y el abolego de sus moradores progonaban la importancia de la Ciudad. Aunque esta casa que nos ocupa data de los tiempos de la Reconquista, después de la cual el Conde-Comendador, nuestro primer Marqués Soberano, la dió a Roger Despuig, uno de los capitanes que más se distinguieron en ella, la antigüedad de la construcción actual —puerto que ha sido reformado varias veces— pudiera muy bien ser simultánea, o quizá algo posterior, a la del Palacio Episcopal, sito en sus proximidades, y muy parecida a la de éste y también a la de la antigua casa Villosa (Oliver de Boudier en un principio y luego Jordá) particularmente en los detalles del patio y de sus respectivas galerías, a las que pasa en bellas. La fachada, aunque con reformas utilitarias del peor gusto, era, con el zaguán y patio, lo único que se conservaba de la antigua casa, y si bien es de gran simplicidad, es a la vez de una indelible belleza. Su paramento está formado del clásico sillaraje con fileteado de juntas, ventanal único en el piso alto con tres arcos sostenidos por ligeros y ágiles columnetes, dos ventanales bajos, adintelados, de grandes proporciones, en el piso principal, una sencilla ventana en el entresuelo y el arco de ingreso de medio punto con las características grandes dovelas, que ahora han sido completamente disimuladas su modificación. Por fortuna pudo ser recuperada la gran ventana del entresuelo, del más bello gótico francés, y por ello ha podido ocupar el hueco del escarpante de la antigua tienda de rapaces, armonizando bellamente con la hermosa puerta del entresuelo (último salón de exposición), obra afortunada del último período del gótico. Hemos de agradecer a quienes la conservaron y amablemente la han cedido a este fin, haya podido embellecer de nuevo este edificio del que se habla por doquier. El zaguán rebalsa noblemente a la vista pública con el patio interior, salvando las paredes de cruje por medio de arcos de alfarda de medio punto muy bien conservados, que armonizan también con la inmediata vista del patio, su amplia escalera y la galería del piso principal.



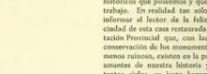
Balcón con barandilla de hierro y un sillón de terciopelo rojo.

Este patio interior, descubierta, es indudablemente la pieza de máximo valor. Su planta es rectangular, alzada en el sentido de su altura, permitiendo con ello el trazado de la escalera, toda en alfarda, que une la planta baja con los dos pisos altos; alta y cómoda hasta la planta noble, y la que da acceso mediante una galería portada de arcos apuntados sostenidos por las clásicas columnas corintias, esbeltas y de sección lobulada, y de traza muy elevada, el último tramo que conduce al piso superior. La solución en doble arco que en sus arranques intermedios descansan a su vez en una gran columna habilitada en la pared mediana. A este patio abren ventanales las piezas del piso principal destinadas a Biblioteca y queda coronado por una galería abovedada la que da acceso las dependencias altas del edificio, una de ellas destinada a albergar el futuro Centro de Estudios Dertomeses, filial del Instituto de Estudios Tarraconenses «Ramón Berenguer IV». La destrucción de este interesante monumento, ocurrida durante la guerra de Liberación, intentó la carga lateral, que quedó derribada en toda su altura, perdiéndose los techos de sus tres pisos que en su día pudo reconstruirse. Subsisten, por fortuna, las correspondientes a la fachada principal, formadas por rectos envigados con forjado de listones y tablas, provistos algunos de ellos de interesantes cartelas molduradas. Antes ya se ha dicho que al limpiar las vigas de la planta baja han aparecido bajo el empalme de unas y la cal de las otras, interesantísimas pinturas de colores vivos, destacando entre ellas las barras rojas y amarillas de las armas de Cataluña y Aragón. Desde el siglo XII, en el que habitó esta casa situada junto al viejo portal de la Rosa el primer Despuig, al que sucedió por el Conde Berenguer IV poniéndole su apellido, han sido muchos los poseedores de este linaje nobiliario que lo ha tenido por morada. Pero entre todos ha destacado un caballero, el último de su apellido en tierras tortosinas, que sin ser guerrero, y sin haber ocupado como algunos de aquellos elevados cargos, ha hecho que se destaque a esta casa con el nombre de Caballero Despuig. Este fue precisamente el autor de los celeberrimos *Coloques de la esposa Conde de Tortosa*, que circularon innumeradas hasta que el P. Pádel Fita, de la Compañía de Jesús y Presidente de la Real Academia de la Historia, los dió a la imprenta en 1877 precedido de su importancia histórica y su valor lingüístico, puesto que están escritos en nuestra antigua lengua vernácula. Manuscrito en el que han ido a beber los historiadores que la sucedieron, ofrece las características de un libro apasionado por esta ciudad y Comarca, cuya belleza contrasta con sus hechos más gloriosos. Sin poderse llamar propiamente una



Balcón con barandilla de hierro y un sillón de terciopelo rojo.

historia, es el primer libro que trata con extensión de la de nuestra tierra, que fue la suya, puesto que en ella nació el caballero Masón González Despuig y Vazarte, en 1310, en ella casó y en ella murió, legándonos este libro de inapreciable valor, hijo de su patrimonio más que de su actividad pluma, heredado con garbo al servicio de la tierra misma a la que sirvieron con sus armas sus antecesores. No le sobrevivieron los hijos varones y por disposición testamentaria pasó la propiedad de esta casa a su nieto Pedro Martín Corde y Despuig, hijo de su hijo Adalberto (cuarta el año 1360) y del Magnífico Francisco Corde y Despuig, de ilustre familia tortosina, quienes vivieron en ella acompañados según parece en los últimos años de su vida. Las armas que se ven esculpidas en la bellísima puerta del entresuelo son precisamente las de Corde y Despuig, lo que indica fue construido ésta después de su matrimonio, en una de las varias reformas que en el correr de los siglos ha sufrido este edificio, antes de más amplias proporciones. Para no dar una impresión exacta a esta línea nos vemos precisados a darle fin. Dejamos llevar de nuestros deseos será seguramente cesar al lector, sin siendo instrumento para los tortosinos los muchos datos históricos que poseemos y que posiblemente podría ser utilizados en otro trabajo. En realidad tan sólo nos habíamos propuesto, al comenzar éste, informar al lector de la feliz incorporación al patrimonio artístico de la ciudad de esta casa restaurada gracias a la sensibilidad de la Excm. Diputación Provincial que, con habérselo sido, atende a la restauración y conservación de los monumentos de positivo valor que, en estado más o menos ruinosos, existen en la provincia. Al agradecerle como tortosinos amantes de nuestra historia y de nuestras piedras doradas por el sol de tanto siglo, es justo hagamos extensiva esta gratitud a su arquitecto Don Francisco Morera, que tanto entusiasmo ha puesto en la digna y acertada restauración de este edificio medieval, cuidando de los más insignificantes detalles, así como a los que han sido sus colaboradores, entre los que es forzoso incluir al contratista que, sintiéndose tortosino, no ha escatimado



Balcón con barandilla de hierro y un sillón de terciopelo rojo.

